

dieces limosna á los pobres de Cristo, prometiéndome tú que Dios me pagaria ciento por uno, con fieso delante de la Santa Iglesia que me doy por muy contento, muy bien y colmadamente pagado de la dicha promesa, y que ya no tengo mas que pedir, ni á tí ni á Jesucristo, mi Señor y Redentor del mundo." Oyendo esto, rebozó en todos el regocijo en lágrimas y voces de alabanzas á Dios, y el Obispo hizo guardar para eterna memoria aquella cédula. ¡Oh! y si la lleváramos todos dentro del corazon guardada, para avivar nuestra Fé, para alentar nuestra Esperanza, para enfervorizar nuestra Caridad. ¡Oh, mi Dios! si así sabes pagar, ¿quién no te prestará cuanto tiene para tenerlo seguro? ¿Quién no te entregará todo su corazon, todo su amor y toda su alma, para lograr con la Fé tu vista, para alcanzar con la Esperanza tus premios, y para gozar con la Caridad tu Gloria?

PLATICA XIV.

DE LA PRIMERA VIRTUD TEOLOGAL, QUE ES LA FÉ.

—
 A 20 de Julio de 1690.
 —

De tener un mismo nombre las cosas que entre sí son distintas, nacieron en el mundo los equívocos; que si tal vez agradan porque parecen agudezas, las mas veces dañan porque son engañosos: que esto de hablar con equivocacion, por mas que quisieron llamarlo artificio los Políticos, es lo cierto, que es muy antigua maña de tramposos, equivocar para confundir y confundir para engañar. Por eso la verdad aborrece toda equivocacion; y si en nuestra Fé gozamos nosotros la verdad suma, la verdad eterna, por eso ni áun en el nombre de la Fé hemos de permitir equivocacion. Ya, pues, este nombre Fé, segun las ocasiones significa la fidelidad, ahora sea en la promesa que hacemos, ó la palabra que empeñamos de hacer y cumplir una cosa: por eso el que así promete empeñando su palabra, suele decir: *Harélo á fé de hombre de bien.* ahora sea la fidelidad que guardamos en cumplirlo; y así, en ese cumplirlo decimos que es guardar la fé

prometida; y por esto, de un tramposo que nada paga y nada cumple, suelen decir *que no tiene fé con nadie*. Y esta es tambien la que llamamos fé conyugal; esto es, aquella obligacion que mutuamente se tienen entre sí los casados, de guardarse el uno al otro la fé del Matrimonio, de cumplir las obligaciones que el uno al otro se prometieron en su santo estado. En otra significacion llamamos tambien fé á la confianza que de uno tenemos; por eso solemos decir: *No tengo fé en fulano*; esto es, no confío que él me haya de hacer algun bien. *No tengo fé con ese medicamento*; esto es, no tengo confianza que este medicamento me ha de dar mejoría. Significamos tambien con este nombre fé, la intencion, la conciencia con que obramos; por eso se dice: *Fulano erró, pero obró con buena fé*. En este sentido los Juristas, al que posee alguna cosa con mala conciencia, porque la hubo malamente, porque la compró sabiendo que era hurtada ó que no podía ser vendida; le llaman *poseedor de mala fé*, que nunca prescribe, que siempre está obligado á restitucion. Por el contrario, el que obtuvo alguna cosa sin malicia alguna, creyendo que compraba bien y que lícitamente la posee, le llaman *poseedor de buena fé*. Así tambien llamó fé á la conciencia San Pablo: (*ad Roman. 14.*) *Omne quod non est ex Fide, peccatum est*. Todo lo que se hace contra el dictámen de la propia conciencia es pecado, como veremos cuando expliquemos los daños de la conciencia errónea.

Ya, pues, en ninguna de estas significaciones tratamos de la Fé, sino en cuanto significa la credulidad con que creemos lo que otro nos dice. Y ya, si creemos lo que nos dicen los hombres, se llama Fé humana; por eso en los instrumentos públicos decimos que han de estar firmados por las partes,

ó las otras jurídicas ceremonias *para que hagan fé*. Diganlo quienes andan con tan poca fé los comercios, con tantas mentiras los tratos, y cuán revueltas con creer á los chismes las casas. Mas esto tendrá su lugar en el *ni mentirás* del octavo Mandamiento. Pero si lo que creemos es lo que dice Dios, y lo creemos porque Dios lo dice, esta es la Fé Divina de que tratamos. Y si sin la fé humana es tan difícil vivir entre los hombres, sin esta Fé Divina es del todo imposible vivir con Dios: *Justus ex Fide vivit*, dice San Pablo.

De ésta, pues, como principal y única puerta por donde hemos de entrar á nuestra eterna dicha, como fundamento y base sobre que ha de estrivar toda nuestra felicidad, pregunta hoy el Catecismo: *¿Qué cosa es Fé?* Aun en el modo está Teológica la pregunta; y forzoso es que sea Teológica la respuesta; procuraré aclararme: *Fé*, responde, *es una luz y conocimiento sobrenatural, con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone*. Ni le falta palabra, ni le sobra; y abraza en éstas todo lo esencial de la Fé. Es una luz que eleva el entendimiento á conocer lo que no alcanza; por eso dice: *Luz y conocimiento*, porque no es la Fé luz material á los ojos del cuerpo, sino luz que, recibíndose en el entendimiento, lo eleva, lo sublima á creer y conocer verdades que él jamás pudiera alcanzar con sus fuerzas naturales. Por eso es esta luz sobrenatural. Añade luego la oscuridad, que es á la Fé del todo necesaria; por eso dice: *Con que sin ver creemos*; porque si la luz material alumbra para que vean los ojos, esta luz sobrenatural, esta luz divina alumbra el entendimiento para que él crea lo que los ojos no ven: *Argumentum non apparentium*, la llamó San Pablo; y San Agustín: (Hurt.

de *Fid. D. 49. s. l. n. 3.*) *¿Quid est Fides? Credere quod non vides.* Lo que creemos, pues, y no vemos, es lo que Dios nos dice; ese es todo el objeto y el blanco de nuestra Fé Cristiana; y para que lo creamos es menester que nós lo proponga la Iglesia; eso es ser nuestra Fé Católica.

Ya, pues, esta misma que el Catecismo llama luz sobrenatural, otros Teólogos dicen es una virtud sobrenatural; otros, es un hábito infuso, y todos con diferentes palabras dicen una cosa misma. Explícalo la primera Lumbreira de la Teología Jesuita, el Eximio Doctor Padre Francisco Suarez: (*de Fid. D. 7. s. l. n. 5.*) Mirad, dice, los que llaman á la Fé hábito infuso, explican lo que la Fé hace de parte del entendimiento, que es ayudarle y facilitarle á creer lo que él por sí solo jamás pudiera; los que la llaman luz, explican así lo que hace la Fé hácia el objeto, que es mostrarle al entendimiento su objeto soberano, que es Dios. Así, pues, la Fé es luz sobrenatural y es hábito infuso, todo es uno. No es mucho que una misma cosa se explique con dos nombres tan distintos; mírenlo claro: á una vela unas veces la llamamos candela, otras luz: candela, porque arde; luz porque alumbra: candela, por el fuego que tiene ceñido la llama; luz, por la que esparce en la esfera. Así, pues, la Fé es luz sobrenatural por lo que nos alumbra hácia Dios; y es hábito infuso, porque infundiéndole Dios, nos facilita el entendimiento para que él pueda creer lo que sin hábito sobrenatural é infuso no pudiera.— Padre, eso ya lo he entendido; pero ¿qué es hábito infuso?—Buena pregunta; esto quedará dicho: Hay unos hábitos adquiridos, otros infusos. Hábito adquirido llamamos aquella facilidad que conseguimos con repetir muchas veces á hacer una cosa. ¿Qué

piensan que son todas las artes, todos los oficios? Hábitos adquiridos con la repetición y continuación de hacer una cosa misma. ¡Con qué facilidad toca un músico un instrumento! ¡con qué presteza corre un pintor las líneas, formando una imágen! ¡qué al descuido se pasea el otro por la maroma! parece que está jugando: pues lléguese á hacerlo uno que no sabe, las manos le parecen de plomo, los dedos se le hacen de piedra y los piés le pesan diez arrobas: todo le embaraza, todo le ataja y al fin no acierta.—¿Qué es esto? ¿Por qué hace aquel con tanta facilidad lo que á este se le hace imposible?—¿Saben por qué? Porque aquel tiene hábito adquirido y este no. Quien facilita á aquel, es el hábito que tiene; porque lo ha hecho ya muchas veces, porque muchas veces lo ha usado. Así, pues, el hábito infuso nos facilita á hacer las cosas, que por ser sobrenaturales no las pudiéramos jamás hacer, si Dios no nos infundiera ese hábito. Aquel otro lo adquirimos, porque es de cosas naturales que caen debajo de nuestra maña, de nuestro ingenio y de nuestra industria; pero éste jamás pudiéramos adquirirlo, porque siendo de cosas que están mas allá de todas las fuerzas de la naturaleza, solo Dios, por su infinita misericordia, nos lo dá y nos lo infunde.

¿Pues qué piensan que esa facilidad con que creen los Misterios de nuestra Fé, no es mas que porque quieren? Fuera ese error y heregía de Pelagio, condenada en el Concilio Arausicano. (Conc. Araus. cap. 6 etc. 9.) Entendamos, pues, y agradecemos que el creer nosotros las verdades de nuestra Fé, todo es obra de Dios: *Hoc est opus Dei, ut credatis*, nos dice Jesucristo. Todo es un don singularísimo con que su Magestad por los mé-

ritos de nuestro Señor Jesucristo, y no por otros, nos quiso entresacar de los bárbaros para salvarnos: *Vobis donatum est pro Christo non solum ut credatis, sed etiam ut pro illo patiamini*, dice San Pablo.

Ya, pues, este hábito infuso, este inestimable beneficio, este dón sobrenatural de la Fé, con mucha razon lo llama luz el Catecismo, con todas las Divinas Escrituras. San Pedro: *Qui de tenebris vos vocavit in admirabile lucem suam*. San Pablo: *Qui dignos vos fecit patris Sanctorum in lumine*. Y en otra parte: *Eratis enim aliquando tenebræ: Nunc autem lux in Domino*. Isaías: *Populus, qui habitabat in tenebris vidit lucem magnam*. Porque lo que es la luz en el mundo, eso es en el alma la Fé. ¿Qué es el mundo sin luz? Una confusion triste, una lobreguez envuelta, en que ni lo apacible se goza, ni lo agradable se vé, ni lo gustoso se conoce: lo mismo parece un jardin de flores, que un erizo de espinas. Entrad á oscuras en una sala, colgada á maravilla de las mas ricas tapicerías, espejos, láminas, halajas de valor, menage de precio: pasad ahora á oscuras á un calabozo habitado de sapos y sabandijas, cubierto de telarañas, y por alhajas cepos, cadenas, grillos: ¿qué os parece de lo uno y de lo otro? Para mí, direis, todo es uno; como entre á oscuras, ni sabré decir cuál es la sala, ni cuál el calabozo, porque sin luz todo ello es uno. Pues así á los ojos de Dios, las almas que no tienen la luz de la Fé, nada hay en ellas agradable, nada que tenga valor, nada que tenga precio. ¡Ah, soberana luz, cómo no te sabemos estimar! Lo segundo: es luz la Fé, porque así como perdidos á la media noche en una espesa selva, en una intrincada montaña, sin luz no podemos coger el camino para salir

de perdidos: así como cuando se nos pierde de noche alguna cosa, sin luz no podemos hallarla por mas que la busquemos; y así como sin luz no podemos gozar de esta vida lo mas gustoso de ella, lo mas amable. ¿Cómo puede vivir (se lamentaba allí Tobías) el que no vé la luz del Cielo? Así sin la luz de la Fé, perdidos entre las tinieblas de nuestra ignorancia, jamás hallariamos el camino de nuestra eterna casa, que es el Cielo; jamás hallariamos la inestimable joya que se nos perdió desde Adán, que es la gracia; y jamás gozariamos los deleites de la mayor vida, que es la eterna. Lo tercero: es luz la Fé, porque así como nuestros ojos sin la luz no pueden descubrir ni ver los objetos, así nuestro entendimiento sin la luz de la Fé, ni puede conocer á Dios, ni sus soberanos Misterios.

San Severino, primer Apóstol de Noruega, predicando á aquellos pueblos se le resistian tercios no pocos idólatras, mezclados entre los que ya eran Cristianos; y para que se confirmasen los unos y se redujesen los otros, hácelos juntar á todos en la Iglesia; y que todos, así Cristianos como idólatras, trajesen cada uno en la mano una vela apagada. Cuando ya estuvieron juntos, y todos con sus velas apagadas y sin luz, en las manos, postrado ante el Altar el Santo Obispo, dijo: «Oh, Señor y Dios verdadero, dignate ahora de mostrarles á estos la luz de tu conocimiento, y muéstrales cómo se distinguen los que te adoran á tí verdadero Dios, de los que malogran sus cultos en los falsos ídolos.» Al punto que dijo esto, todas las velas que tenian en las manos los Cristianos, quedaron encendidas, sin ver ni saber por dónde les vino la llama; y apagadas y sin luz las de los idólatras. Prodigio que bastó á que todos ellos abrazasen al punto la luz de la Fé.

(Baron. *ann.* 473.) ¡Ah, Católicos! Una antorcha encendida nos ponen en el Bautismo en la mano, que es la señal de nuestra Fé. Otra vela encendida nos ponen en las manos al punto amargo de espirar. ¡Oh, qué dos luces! Una al nacer, otra al morir. Con aquella luz en el Bautismo nos muestra la Fé patentes todos los tesoros de Dios: vemos con ella prevenida su gracia, y vemos franqueados sus Sacramentos: vemos los caminos de nuestro remedio, y vemos abiertas las puertas de la Gloria. Y con la vela al punto de morir, ¿qué hemos de ver? veremos malogradas tantas luces, veremos perdido tanto conocimiento; veremos despreciados tantos auxilios, perdidos tantos medios y sacrilegos tantos Sacramentos; veremos en medio de tanta luz tantas caídas, tantas ceguedades y tantas culpas; veremos cerradas por nuestra culpa las puertas del Cielo y abiertas las del infierno. ¡Oh, no lo quiera Dios! Pues para que no sea, cotejad esta luz con aquella luz, que toda es una misma luz de la Fé.

Pero aquí me opondrán una grave dificultad: Padre, si la Fé es luz, ¿cómo es oscura? Si es luz, ¿cómo es esa luz para no ver? Así añade el Catecismo: *Es una luz sobrenatural con que sin ver creemos.* ¿Pues luz para no ver? Luz y oscuridad son dos cosas contrarias; ¿pues cómo pueden estar en la Fé juntas?—¡Gran dificultad! pero aguarden: sucede venir un navío á todo trapo, ansioso por ganar ese Puerto de la Veracruz; pero corriendo mas que él el dia, con sus tinieblas la noche le quita de los ojos el Puerto y lo llena de peligros, porque si se arroja ha de hallar en el Puerto el naufragio. ¿Pues qué hacen? ¿Quién no lo sabe? Echan Farol, y descubriéndolo acá desde el Castillo, correspóndenle

al punto con otra hermosa llamarada, que en sus lenguas de luz les dice: «Aquí está el Puerto.» ¡Oh, cómo luego aquellos fijan la vista en esta llama, cómo la atienden en sus pasos, cómo la observan en sus movimientos, sin permitir que el Navío dé paso que no sea encaminado hácia á aquel Farol! como que les vá en eso la hacienda, la vida, el ganar el Puerto y el llegar al tan deseado salvamento; y así lo consiguen. Pregunto ahora: ¿Hay luz allí?—Sí, y muy clara.—¿Hay tambien oscuridad?—Como de media noche.—¿Vén aquellos el Puerto?—No lo ven, que está oscuro.—¿Saben que está allí el Puerto?—Sí, claro está.—Pues no me pregunten mas: esa es nuestra Fé; y agradezcan la comparacion al primer maestro de nuestra Fé, mi Padre San Pedro: (S. Pablo *Ep.* 2. c. 1. v. 19.) *Cui benefacitis attendentes quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat.* Navegamos, fieles, el peligroso mar de esta vida en la tupida noche de nuestra ignorancia; pero en ella la luz de la Fé nos guía, la luz de la Fé nos muestra dónde está el Puerto, dónde la seguridad y dónde el salvamento. No vemos ahora lo que esta soberana luz nos muestra: eso es ser oscura la Fé; pero sabemos bien que allí está todo lo que nos dice: eso es ser clara esa luz. Mas si de ella apartamos los ojos, ¿dónde ván nuestros pasos? A los escollos de las culpas y á naufragar en una condenacion eterna.

Ya, pues, este fanal luciente de nuestra Fé, pienso que nos lo quiso Dios dar á estimar con un prodigio tan estupendo, que antes de contarlo, asiento que ha estado á la pública vista de todo el numeroso Reino de Flandes, y fuera de referirlo muy graves Autores, que cita nuestro Engelgrave, (*Celesti Pant. in fest. Cur.* §. 2.) afirma que le apro-

baron dos Sumos Pontífices, Sixto IV y Clemente VIII. Ya pues: en Arras, ciudad populosa, y una de las mas célebres de Flandes, se desarrolló una funestísima peste, de que morian innumerables, y cuando en la tierra no se hallaba al mal algun remedio, lo hubo de traer del Cielo, ¿quién, si no la que es el refugio de los afligidos y la que es la salud de los enfermos, María Santísima? Apareció la Señora en una misma noche en distintos lugares á dos mancebos, que con públicas enemistades entre sí, tenían la República toda llena de sus escándalos; y díjoles á cada uno que de su parte fuesen á Lamberto, Obispo de aquella ciudad, y le dijiesen que para el siguiente Sábado en la noche la aguardase en la Iglesia, prevenida una grande vasija de agua, porque en ella le queria dar el universal remedio para la peste que tanto los afigía. Fué cada uno de aquellos con su embajada: hállanse juntos delante del Obispo, que conoció al punto la causa de haberlos á ellos escogido la Señora, para que haciéndose amigos, se quitara primero de la ciudad su escándalo, si habia de tener la ciudad remedio; que males públicos, de ordinario los envía Dios por los escándalos. ¡Ah, México! Hízolos allí amigos el Obispo, y juntos aguardaron á la Señora la noche del siguiente Sábado, en que á la media noche, lleno de resplandor todo el Templo, apareció con increíble hermosura la Reina de los Angeles. Traía en la mano una hacha encendida, y diciéndole al Obispo que bendijese el agua, volviendo la Señora la hacha, derramó en aquella agua algunas gotas de cera, y dijo que diesen aquella agua á los enfermos; y poniendo la hacha ardiendo en el Altar, desapareció la Señora. Fueron luego bebiendo de aquella agua, y sanaron todos los enfermos y aca-

bóse la peste. Pero yo aún no he empezado lo mayor del prodigio.

Puso la Señora aquella hacha ardiendo en el altar, el año de mil ciento cinco. No hubo quien se atreviese á apagarla por el debido respeto á la mano que la puso. Pasóse un dia y otro, y la hacha allí se estaba ardiendo: fueron pasando semanas, y no solo proseguía en sus ardores, sino que observaron que ni se habia minorado, ni gastado un punto. Entónces ya reconociendo allí superior llama, hiciéronle una caña de plata que la ciñe. ¿Y cuánto les parece que ha durado? De lo presente no sabemos; pero cuando el autor escribe este prodigio, afirma que aun duraba todavía ardiendo, y se contaban ya quinientos setenta y tantos años. Sin cesar, de dia y de noche estaba ardiendo, no solo sin consumirse, sino aun sin bajar la llama ni un dedo de donde la caña de plata la cercaba. De lo que derretia se hicieron otros muchos cirios; y se guarda en la Iglesia de Arras una grande bola de cera de ella. ¡Oh, Fé Católica, qué argumentos tan claros tienen tus verdades; y cómo sirve aquella luz material para que mejor veamos la soberana luz, con que nos muestras lo divino, lo indeficiente y lo eterno! Así Fieles, sigan esta luz nuestras obras; así logremos con el ajuste de nuestra vida el resplandor de su verdad, para que la que ahora es luz de Fé, pase despues de esta vida á sernos en el Cielo lumbre indeficiente de Gloria.